

EL AHOGADERO

Ana Arzoumanian

Me sentire vim doloris
Stabat Mater
Caldara
a Jaime Epstein

EL AHOGADERO

***“Cultivar el desierto
como un huerto al revés:
entonces, no más
destila; evapora;
donde hubo manzanas
sólo queda un hambre;***

***donde hubo palabra
(potros o toros
sujetos) queda la severa
forma del vacío”.***

***João Cabral de Melo Neto
“Psicología de la composición”***

Hagamos de cuenta que se acorta,
que retiene la soga, que sacude.
Hagamos de cuenta que se corre,
que excede el tendedero.
El nudo se ladea
como péndulo en las anillas,
colgadura, resistencia
pide tu amor. Pide tu amor
mi parte que no se apoya,
esa parte impaciente
que se abandona
y desaliña el aire.

Antes de la enumeración, allí,
en lo que se retrae.
Antes del todo terminado.
Estoy allí, atrás,
a espaldas del malecón.
Antes de la diferencia,
en el todavía tarde de los andenes,
detrás del pie, de la corriente
y de este hilo que se encarna,
donde me doblo,
en el estuche,
estoy aquí,
atrás.

El ahogadero.
La desazón de no alcanzarte.
El zarandeo pedregoso
se me echa encima,
recorre el hambre.
Y sólo más tarde,
la partida escolta
lo que no se detuvo
y aprieta, en lo tupido
esa inútil persistencia.

La acuestan.
Sus ojos se endurecen
como gotas de grasa
en un caldito que se enfría,
mientras blancas manos maternas
cuelan la gordura.
Dormida en medio de la pieza
se acurruca, como si volviera
hacia el líquido inmóvil,
como si la velara
el desabrigo inevitable,
cuando ella retrocede
y duerme. No tiene más remedio
que dormir.

Esto que se esconde,
esto de más que se aglutina,
la tensión fibrosa, su filo.
Esto que crece y se agazapa,
que te cerca y que me asedia.
Esta silenciosa pendiente
que sube aguas arriba.
Oscuro mirador, tras el vacío
el hueco alborotado del deseo
que arrastra. Fuera de mí
este diálogo imposible,
la pronunciación
inalcanzable de tu cuerpo.

Hasta el hueso
sus impecables manos.
Sin el filo la cuchilla
divide en trozos
y ya no duele.
El aplazo impúdico,
narcótico despiadado,
paciente hilvana
sobre el miedo.
Y de a ratos,
poco a poco,
adormece.
Érase que es,
la adiestrada impostura.

Te busco como si nadara,
como si múltiple el mar
me ofreciera su volumen, todavía,
como si aletear no fuera
esta inercia entrecruzada en la red.
La piel escamada sabe,
se escurre al despedirse
y me deja clavada
en esta ola sin mar.

Sin el vértigo
de ese instante que acecha,
sin la soledad,
tus manos atraviesan
el río de los ojos,
leves sombras agolpadas:
nos amábamos en las calles, así,
frotándonos arrobados
en la fibra tensa
de un viento que no sopla.

De soslayo recela su cuerpo,
del lado estrecho, así
paraliza,
apretuja sobre cristales irisados
y arrastra.
Puntillo desplomándose en el patio
me arroja
allí donde la sangre se evapora,
donde súbitamente el sol
finge una calma, allí
la moridera impávida.

Percibe el golpe final
que ellos atizaron por ti,
el puño inquieto, los nudillos.
Luego mira la muesca
en lo informe de tu cuerpo,
esa tibieza que aún respira.

Hay muchos hombres ciegos
en el incendio de mis ojos,
un fuego que destruye
eso que es un bosque.
Un siniestro que se propaga
en el latido impropio de las manos
la ceguera de la lengua;
auto de fe
más ciego en el deseo.
La impostura del fuego,
su legítimo engaño
barre todo lo que recuerda,
fugado y muerto de hambre
en el surco
de la herida.

Descalzarse sobre la otomana.
Dejar pequeña la boca;
la estrechez en los forcejeos.
Y eso que se pega,
ese batido, ese hálito,
selva lluviosa
donde todo se pierde.
Someterse así a la saturación,
irresistible al resto sobrante.
Sueño de una mordedura
que ya no duele.

Con ojos fascinados
y la risa de Deméter.
De puño y letra digo:
ahora nombraré el morado
que viene después del añil,
aquel forzamiento invisible
del semen de un dueño
en cisternas de muerte.

‘Porque es más largo el tiempo durante
el cual debo ser agradable a los de abajo que
a los de arriba, pues allí yaceré para siempre.’

Sófocles
“Antígona”

No cumpliré la ley,
ese mecánico chillido,
ese amasijo de ninguna furia
que difiere la condena.
Quiero la ecuación, saciarme
en violentas simetrías.
En este siglo tebano
vacilan las aves.
Y lo mío de esas novias
bajo uñas aguarda
como el lobo
esa fijación
en el desquite de los muertos.

Deméter pierde a su hija Perséfone en las manos de Hades.
Exiliada, comienza su errancia melancólica, cuando encuentra
a Baubo, quien consigue hacerla sonreír al mostrarle su sexo.

De qué precaverse, digo
si las ligas tienen
lazos volátiles, espigas de narcisos;
y nada, piel rasurada, lisa.
Sólo un paréntesis,
un crispado agujero
este entredós que se descose.
Y así como la harina cocida en agua,
se pegotea, así, lo que no crece.
Engrudo barroso esta comedia
donde tropiezo.
Y ni siquiera una celda
donde algo se guarda, se castiga.
Ni siquiera batientes
que pegan al cerrarse,
para no encontrarte.
De qué precaverse, digo
si un apretón enrevesado
resta, difiere la fuga.

Lilit, primera mujer de Adán, creada igual que él, de tierra.

Efímera babilonia
se escapa con el viento.
De nombre propio: hurtado.
El día en que amó
e invirtió en la cópula
la postura aviesa,
su dios repartió amuletos.
Qué dios insubordinada madre
te deja arder ajena.
Lejos tu marca devoradora
huye para no mirarse,
se gasta lejos, se aniquila.

Dónde se pierde.
Hasta dónde olvida su cuerpo
el paterno flujo de sangre.
Sólo eso que es su ausencia me demora
metiéndose en mi cama de costado.
Entonces duele
cuando en ninguna parte,
mudo, lo acaricia.

Huyo hacia adentro, subo.
Pero el recuento de un tiempo ajeno
me consume.
Acrobata abucheado que olvidara
el gran salto, cumple
obediente mi parte
cocida en la hornacina.

Se detiene la sangre,
pega un salto, pierde el juicio.
De un tirón
del marasmo de su oleada
se desprende la distancia,
la pulseada del origen
donde todo lo mío
se congela.

Inabarcable aquí.
Conmigo para siempre adentro.
Un después sin clausura.
Toda repetida
definitivamente secándose
la lengua,
sin la épica de tu cuerpo
que no llegará
sin las manos de mi voz
para tocarte.
Aquí, lejos.

Berlín tenía un mar
que agitaba mi cuerpo,
lo ondulaba en su lecho.
Tenía un mar, Berlín, inevitable,
ululaba algas y nereidas,
zarpaba en flujos de espuma.
Un mar distraído se demoraba,
apenas inaugurado ya se vencía.
Era Berlín y era un mar,
esa masa impotente, resaca
saturada de rocas, de bahías,
de orillas como charcos de un nácar herido.
Era un borrón en un Berlín sin marea
aquel estrechar del silencio
que vuelve.

No hay manera de salir
de la síntesis del relato:
alguien cede.

Alguien contra la pared,
en el grito sordo de las cosas, se reduce
a quietud de pasillos, de zanjones,
al resudar de sábanas en la siesta.

Alguien aturdido gira, no sabe
cuánto tiempo pasa dónde
cuando cede.

Así, como interrupción del hambre
se distancian las piernas,
en un aire continuo, invariable;
tan calladamente pegajoso
como líquido espeso de arena
que se empasta en la lengua, vela
el cuerpo desnudo;
la inexorable trampa
de las uñas rasgando
la pollerita cerrada.

Se acerca.
Estaría listo
en todo momento,
pero pasa de largo, retrocede.
Aturdido, se queda ahí.
Va y viene
y otra vez, cerquita,
se desvía, golpe que no se aferra,
que se abstiene y que se inhibe,
apresando el desvarío inconstante
del cuerpo desnudo
tantas veces,
detenido.

Hay un viento donde encalla
lo inacabado del mar.
De su agua me arrastra
esa arboleda.
Yo trago su espuma morada
y manoteo tu cuerpo,
tu ficción de aire cercano.
Pero lo inacabado del mar
hace trizas tu aliento,
te ahoga entre mis brazos.
Allí la boca,
entre algas livianas
se apaga.

Alguien nos está mirando.
Allí, al entrar o al salir
titila la luz
como una fila de monjas niñas
esperando, pacientes,
ese ya de la respuesta;
así obliga la mecánica de los ojos,
rueda de un hombro al otro;
dale que dale el rostro insistente,
su rosácea piel que atisba
nuestras caricias en algún cuarto.
Entonces, nosotros,
ante la insinuación indiferente
de la culpa
somos él, ella,
los representados por la oscuridad
en la calle cualquiera de las manos.

Las voces
reparten lo que sobra,
eso que posee la memoria
de lo incierto
en el olvido de la sangre,
eso que me desplaza;
la espesura quieta del vacío,
su olor inmóvil, opaco.

Es un instante de furia persistente,
tiembla y se desprende
del equívoco del cuerpo. Tiembla
lo inédito del abandono.
Frío, y aún herido duele
ese evanescente margen,
pretexto deshilado de su pierna.

A tientas,
deslizándome entre la niebla,
contra esa luz que filtra
el fondo perdido;
empujando corredores
que nunca terminan
imagino el muro
de regazo gris, inaccesible;
y retorno siempre
desconocida,
con el brío, el impulso
mínimo de la sangre,
anónima.

ELLA, LA NUNCA HIJA

***“...y yo vi
el nervio desollado, la incurable herida de tu cara
que era todo el coraje que tenías”.***

***Ted Hughes
“Cartas de cumpleaños”***

Todo comenzó con una mentira,
fumigando.
Bocanadas de tufo entre las manos,
la combustión de los mazazos
sobre el país vaciado de los cuerpos;
el golpe religioso
de la desinfección.

Salí disparando con pasos largos,
abuela, corré,
no te des vuelta,
están ahí, corré,
te están mirando;
hacia el otro lado, disimulá,
ahora disimulá, no grites,
quién te auxiliaría ahora
si estás sólo vos
para hacer el juego;
aflojá eso adentro, tené paciencia,
sólo son cuerpos
que te amenazan, te vigilan,
sólo con sus cuerpos
presionan y atestan.
Como un esclavo sin amo
que no suplicara,
que no tendría a nadie
a quién rogar,
tené paciencia y olvidate;
pronto el último estará a raya,
en su quemadura ya el último
y habrás muerto.
No intentes juntar las piernas,
Ya están desprendidas, ¿no ves?,

aunque hayan sacudido
la aceitunada piel de la furia,
no te desacomodes, ves
de a poco no va quedando nada,
guardate en los dedos,
quedate inerte,
guarda el estrangulamiento de las uñas,
y no te hagas más la muerta;
es lo mismo,
será lo mismo, ahora
yo seré la suplente, abuela,
la que se expresa en tu lugar omitido,
la que hace tu papel en mi garganta.

¿Pudiste ver la mueca?
¿Tenía dientes ojos la batahola,
eso despellejado pegándote, la tanda
convulsiva del esperma?
Así, sin el novio
tu vello nupcial,
sin la cuchilla
fresca del deseo,
tan inofensiva, tan aterrada;
no llores, abuela,
cada tres horas se endurecen
duelen mis pechos, duele
el chillido de tu hambre que me llama,
la sed de lavarte con sangre
dentro de mi cuerpo.

Pretendías engañarlos.
Te guardaste los pechos
debajo de la camisa larga,
las caderas bajo un bombachón,
te calzaste los zapatos de tu hermano.
Querías escapar, huías.
Pero te cortaron el paso,
juraron por su sangre
regar con semen la tierra desquiciada,
y te atraparon, no creían
en el empuje de tus nalgas,
en el acabamiento del pubis,
que inagotable, postergabas.
Se les enviscaron los ojos
y no te pudiste zafar; así,
fuera de quicio se amontonaron
copiosos, así, en contorsiones
creció la guillotina entre sus piernas.
Después, te arreglaste la cintura, el pelo,
como quien se levanta
del diván de un amante;
sólo que entonces ni ropa tenías,
ni quien te prestara una pollera,
ni una cinta para la cabeza

ahora que ya no engañás a nadie,
ahora que todos saben y yo te miro,
y no te saco la vista de encima,
ahora que miro cansada de mirar.

Después de la escena
tiraron tu ropa en un basural,
y vos, casi sin darte cuenta,
te dormiste.

Después de la escena
te dejaste doblegar
el vientre, su grieta lineal,
lo doméstico de tus vellos
entre los muslos.

Una sonámbula
que ya no siente el desgarrón,
una sonámbula duerme
en el cuarto de los niños, anda con corsé;
pasea por la casa
con la lengua de él adentro,
con su lengua rechinando los dientes.
Sentiría vergüenza, ese rubor
de quien tiene algo que perder,
si tuviese un rostro.
Pero en esa casa
ella camina con los ojos

salpicados de gotitas sin luz,
más oscuro que la ausencia de luz,
más oscuro, más viscoso.

Después de la escena, otros
profanaban, ensartaban
su cuerpo, su ropa en un cordoncito
en la soga del patio de la casa familiar
en la soga del patio de la terraza
la terraza que miraba a un callejón,
y la lengua adentro,
y un disco plano; tu cara
un disco plano que sirviese para arrojar,
un disco de atletas, de gladiadores,
un disco que fuese más rápido
cuanto más rápido lo lanzasen,
una lámina circular de piedra o de metal,
una oblea, una placa,
cosas muchas veces repetidas,
cosas como larvas, como suturas,
la fétida constricción del rostro.

No podías volver a tu casa sin comida;
mejor era escurrirse, era mejor
escondese en un lugar cualquiera
y ver la sangre que corría
como el pescuezo de una gallina,
ver con la sangre
el cacareo del pescuezo de la gallina
como cuando eras chica;
ver ese algo que se frunce, se retuerce
algo que se curva y se arremolina,
una cohorte de males, un ejército
de rabiosas voces deformadas,
y la cabeza como un guante
que se da vuelta
y la sangre que corre, rocía
tu pollera vacía de comida, vacía
de no poder volver.
Entonces, para que no se enteren,
para borrar tu huella,
porque no podías
volver sin comida,
lo diré de una vez, abuela,
caminaste ciega
como un equilibrista
haciendo pruebas en la cuerda, ciega,
porque no había nadie, para nada tus pasos

el silencio y el tomar aire en el palco,
para nada esa suerte de púlpito
donde medir tus pies,
alzar tu pelo hacia las luces pensando
'miren qué prueba, observen qué destreza';
lo diré de una vez, abuela.
el circo está vacío,
ahora soy yo la que recoge
los brillantitos de tu bombacha blanca
que irisaba su cavidad
desde lo bajo.

Y la otra sangre
la que no corre,
la del olor ácido
de las mujeres
de la sangre que no les corre.
La sutura de las piernas,
su puntiaguda rigidez, algo
mutilado invisible sobre la arena,
sobre la arena hasta el mar,
hasta el mar que se come el barco;
sobre la arena del destierro que disuelve
se bebe las tinajas de lunares,
y el aire cerrado, cóncavo,
paladas en la respiración, que empuja
arrastra los raídos vestidos
de las mujeres
de la sangre
que no corre.

No es calladita la muerte,
hace ruido el pulsador,
ruido la placa.
Le hace ruidos la muerte
como un estropajo que frota
su rígida aspereza.
Entonces ella canta,
canta para no escuchar;
no le cuesta nada
pasearse con la orquesta,
con todo el griterío atirantado.
Pero luego se levanta, se arma,
mete ruido, cruje el vocerío,
y ella canta para no escuchar
el aliento desinhibido, el rugido
de madres plañideras,
la acumulación bulliciosa del acero.
Ella canta la tonada el tarareo
del impacto en la nuca las sienas.
Si la obligan, no le cuesta nada
no escuchar la pedrada,
por eso ella canta y canta
bajo la marea comprimida de su voz
para ahogar en bóvedas
a la muerte.

Decidió no cumplir más años,
igual, no estaba segura de su edad,
si al tiempo de la siembra,
si cuando parió la vecina
o cuando enfermó su hermano
más un año menos dos,
tres años más grande,
cuatro más chica;
ya no cumpliría. Huérfana
desde esa fecha incierta,
huérfana de padre
como quien dice sin dueño,
como quien dice un conventillo,
una vivienda conventillo su cuerpo
usurpado, usurpado
el dormitorio, el patio,
usurpada la cocina
donde ella machacaba la carne la trituraba,
hacía purecito para los desdentados.
Bestialmente maquinal
no tener más padre, no cumplir más años;
maquinal la cabalgata sucia
y el olor llagado
de esa legión de muecas,
maquinal el crac crac de los dientes

en la flojedad de los labios.
No hacía falta padre,
como no hizo falta sábanas
para el desperdicio del semen,
allí, asida al portón;
porque estaba dispuesta
y no tenía padre. Ella,
la insistente complacencia
en machacar.

No habló
durante algunos días,
no tenía nada que decir;
petrificada en su garganta
una afluencia estrujada de hormigas,
un amontonamiento de sogas,
volutas de un humo
pegoteado de insectos,
de bichos raros,
un pilón abarrotado de trapos
en el corralón de su garganta,
allí donde ella guarda
un agua entumecida, oxidada,
en esa palangana, ahí,
la atrofia del latido,
lo no versificado
de su miedo.

El resto fue ocultar
lo que ya no sería ella,
eso que ya no era ella,
la pelusa con que se atraganta, el vello
tenue de su idioma.
En el tragadero de la faringe
una huella meticulosa de la mugre, roña
debajo de los sillones,
esa basura que nadie limpia,
el idioma que ella oculta
para hablar.

Ella es desnudada;
los pies diminutos,
vellos sobre la mejilla.
Como corresponde, ella se deja,
ella, la nunca hija, obedece.
Pero, qué tenés ahí,
qué excusa en el hueco sombreado
si son ellos
los que van al fregadero,
los que van y se restriegan
el costado grasiento,
les da asco de los labios
la opresión, su saliva,
lo sobrado de las aguas
como un desperdicio que roe,
eso que aún vive en vos,
la repulsión
de tu impetuoso latidito.

Lo malo en ella era
que respiraba por la herida,
ese punto ciego
llagado de la piel, la estopa
pelviana de sus pelos.
Un soplido hurga en los recodos
y salvo el retardo, la esquiva
deserción de las batallas,
nada se deja sentir.
Lo malo en ella era
que un grosor
amontonado de la sed
la tocaba en lo vivo.
Y ahí, en la pequeñez,
en la nonada del resguardo,
es tieso cada instante
en el que ella cierra en falso
la rozadura.

Al comienzo,
dejó de oír el ruido de los grillos;
sintió un agua
deslizándose por un laberinto,
un timbre ensañado en escamas en costras,
un aplastamiento, algo perforado
por la compresión del aire;
al comienzo,
fue un cierto picor en la herida.
Después, como una lima sorda
embotada con plomo, una lima,
una barra granulada
nacida para desgastar,
se hizo también muda.
Cuando cerraba los ojos
era ella la que giraba y se desvanecía
deglutida por un silbido de hordas.
Para que algo no ocurra,
se repetía,
no debía oír el dialecto confuso,
el idioma heroicamente ignorante
que ellos leían a media voz,
los monogramas obscenos sobre las letrinas.

Sorda como una tapia,
como una tapia enterita
esa valla donde se sujeta, sorda
como una tapia, ya no escucha
el bang – bang de los disparos;
desde entonces,
sólo el olor se le impregna,
la mojadura latente del fuego
quemándola.

Intentó, por última vez,
no escapar.

Si no se escapaba
no le harían falta testigos,
ni cómplices, ni un ujier;
ninguna coloración lívida de la piel
delataría el golpe.

Como un fantasma
que obedece en su perfección,
se escondía detrás de sábanas blancas,
ese deslizarse humoso de lo visible
como una burla del aire,
que en accesos adormecidos,
se gasta.

Tienda de carne
y dedos pegoteados
en sangre seca,
moscas
que zumban sobre tripas,
y el agotado semen magro
que se le zampa y le apesta.
En lo preñado de sus vísceras
el maternal inventario íntimo
del desamor.

Más tarde y en su hijo
la cuchillada fatal de los andenes
repitió la escena ineludible,
lo literal de las piernas atrapadas
bajo el hierro abundante de la muerte.

La nada transparente,
la nada de la palidez
brillantemente azulada.
La salpicadura
inofensiva de tu sangre,
y la historia de siempre,
la misma eterna historia
del crimen del asesino
en la farsa de tu regla,
eso de tus ingles
que simula y lo mancha,
y luego se seca,
se seca.

No descansa en paz.
Ponen crisantemos
en su cámara oscura,
la llave en el escondrijo.
No duerme, no descansa,
no termina de morir.
Se vence el armazón
y se confunde con la tierra.
Al pie del hoyo rezan,
limpian las losas del pudridero
y la vuelven a matar.
No descansa en paz.
En los ojos de los hijos
se quema un túmulo de odio
que no cava niñerías.
En el hornillo hasta la ortiga sangra.
Y no es una equivocación,
la que ahí yace muerta
todavía no murió.
Firmes manos que rocían las cenizas
aprietan la amasadura, cortan mi pan.

INFINITIVO DEL CUERPO

“Un gusto suave, pavoroso, gélido y agudo como en el amor”

Clarice Lispector

“La hora de la Estrella”

El rizo, el vaivén
bullicioso de colores,
la bandera sediciosa de su cuerpo
flamea sobre lo frágil agrietado
entre mis piernas, flamea
sobre el tropel herido
que ama.

Ahora un zumbido,
rumor oscuro de frotarme
contra la tibia muchedumbre
de tus piernas, ahora
en esta arruga sorda de la cama
donde todo lo mío raspándose
te piensa.

Te buscaba a tientas
como un tierno animal
que campea.
Como un animal lento
que no supiera aún
de la urgencia,
me demoraba.
La ternura duró rozándose
en el tiempo inquieto
de una mirada.

Dijiste que podía
llamarte a medianoche,
caminar descalza
hasta tu cuarto; escapar
del raspón de aquel cuerpo
en todos los rincones apostado,
vaciándome.

Estará tibia tu cama
a esa hora,
me dejaré abarcar
por el balanceo de tu piel
que acuna. Dormida
me cubrirás con la manta,
apagarás la luz.

Luego, como siempre,
te dormirás junto a ella.

Hay un trazado
infatigable de lo eterno,
una definición
en el infinitivo del cuerpo,
cuando más acá se balancea
en hilos melódicos
el acorde salvaje
de su lengua.

No hay ninguna historia,
sólo rasgos superpuestos
en una cierta
velocidad de las caderas,
una distancia
hurtándote del cuerpo;
a un paso y no más
de lo que pueda ser,
no sea que te alcance
la quema de la sangre,
el estremecimiento donde se juntan
las piernas con el vientre.

Hacer señas,
pasar la punta de los dedos
sobre eso que parece
el rumor de un gesto.
Rozar ese algo que queda
después de arañarse,
puntear el índice y el pulgar
y ni rastro de tu calle.
Rehilar, oír un sonido que no existe.
Signo
en el contraste de mi mano,
que se deja caer y choca
contra el aire.
Escozor de una caricia,
la marca tirante de la piel
que da de lleno en lo tibio
y no te toca.

Viene al alcance,
se aleja,
se deforma.
De cerca más grande,
más rosado,
más oliva sus ojos,
de cerca.
Rápido en el molinete
rueda la carne,
las aspas giran
sobre una corriente líquida;
celosamente
el apetito irreversible
se sujeta en torno
a los dedos.
La voladera muele,
tritura briznas
bajo la prensa blanda
de la carne.
Hay polvo
entre las piernas que giran
se traban en la torcida.
Mancha la sangre.

Cuando el molinete se mancha
no es el molinete que muere,
es la carne,
la picada desmenuzada, mordida;
un pilón de pelusilla
que no se limpia,
que oxida al rozarme
sacudiendo el aire.

Tu miedo dice nunca;
no dice: nada, nadie, ninguno,
dice en ningún tiempo,
como quien cuenta el cuento de nunca acabar,
como aquello todavía tibio,
esa cosa todavía ahí
dentro de la cerca,
incorpóreo latido
en el rehuir del instinto.

Para qué sirve un escondite;
es como un hueco, un vacío,
un museo,
un monumento,
es como una plaza
el día de la celebración,
una losa,
un epitafio que dice
'aquí estuvo,
aquí estuvieron, aquí
todavía podían vivir, aquí
aún no morían'.
Para qué sirve un escondite
el día de la liberación,
es como un niño
entre las rodillas,
la mano de un niño
tirando de la pollera
de alguien que nunca es la madre;
para qué
si en las calles
han colocado banderitas;
por las calles
se escucha la orquesta
y en los ojos de los escondidos

hay algo
despellejándose de un mal gusto,
hay fastidio, hay aversión
por el buche, la ladronera,
una molestia, un malestar
en los ojos de los escondidos
el alboroto rabioso,
esa maldita gracia tuya
de olvidar cómo te acurrucabas
bajo el escote blando
de mi cuerpo.

Lo convulsivo
entre cuatro paredes,
la duración
de la simetría cotidiana
sobre un temblor sofocado,
minúsculo, entre paredes domésticas;
dolorosamente el abandono
de echarse a los brazos
que no acunan.

Quiero ese cuerpo tuyo,
el íntimo recorrido,
su lábil fluidez de mármol
sobre mi furia,
venido a este vacío voraz,
desnudo.

Pájaros planeadores
dejándose caer
por esa corriente de aire
entre los labios,
o pececitos
aleteando en lo cálido
acuosamente amniótico
de la lengua;
su líquida forma viva
de ser varón
en mi boca.

A SANGRE, FRÍA

***“...Por el oro de los trigales
pasó una saudade de no ser mar... Frente
a mi trono de alienación hay gestos con piedras raras...
Mi alma es una lámpara que se apagó y aún está caliente...”***

***Fernando Pessoa
“Hora absurda”***

Con cuidado,
con cuidado el vientre.
Una pierna sujeta, luego la otra.
Le atan un brazo, después el otro.
Se le cae un líquido como lluvia,
entonces limpian rápido,
rápidas las manos adentro.
Ahora, ahora.
Se adormecen las piernas
y puja. Y algo
desde adentro la vacía,
algo más presuroso
más lento se detiene,
toma impulso la empuja
al precipicio de la cama.
Alguien
le aprieta el cuerpo desnudo
debajo de la bata blanca;
arriba, la blanca bata
manchada de sangre.
Cada vez más abajo
arañándola, el hueco de las uñas.
Le giran la cabeza, busca

que por fin salga.

‘Un poco más mamita, y ya está’

Cae a la inmensidad,

le ahoga el aire,

todos hablan

y no entiende

todavía.

Respira,

y respirar la ahoga, y ahí

en el mínimo instante

donde se violenta

el abismo del aire, grita.

Es seco, frío

el aliento que la inunda;

una llamarada de clavos la luz

la suspende sobre nada, y vuelve.

La traen envuelta,

no hay nadie en la camilla.

Habitación 204,

ilegible sombra
a sus ojos.
Cualquier puerta ahora
tendrá para siempre
el número inexacto.

Un ahora abundante
de pura presencia.
Contar con los dedos, lentamente.
Si abrigo el frío de la serie,
ese espacio insostenible
abandona su vacío.
Contar, juntar los números.
Más cerca, tocándose
lo enhiesto del uno se reclina.
Así, el tiempo inmóvil
del uno al dos
es inmensamente cercano.
Pero en la distancia
ahí donde me duele
la calle que no nos cruza, ahí
en la vastedad del ausentarte,
todo, irrespirable,
me ata la boca, se acalla.

Como si de lo roto,
perdido un pedazo,
el resto ya no encajara,
como si a medianoche
sentada junto al vano
arrullara la oscuridad
del frescor no apresado
de mi cuerpo,
eso impalpable, el voladizo
donde nada se mece.

Dibujaste una casa.
En un papelito rayado
nos dibujaste a las dos,
y una casa.
Tu casa tenía
un techo, tres ventanas,
un camino zigzagueante
que se interrumpía.
No tenía, tu casa,
ninguna puerta.
Como una pequeña caricia,
una ternura,
dibujaste la puerta
fuera de la casa, sola.
Así, tu puerta de luz de mediodía
no tiene sombras;
y aunque es un pasaje que se ensancha,
no es una puerta para entrar.
Detrás del tope verde que inventaste,
el llamador,
se prolonga lo impalpable, perdura.
Ahí no retumban, se pierden los pasos;
la intacta inmediatez
de divulgarme en el vacío.

'El artista y su madre'
Arshile Gorky y su madre en Van

Es un retrato familiar.
Se dirá que son madre e hijo,
lo dirá una huella pulsante
que lacera sus rostros,
que sin reposo atestigua
esa incisión en la mirada.
Dos bocas iguales.
Dos bocas se hunden inaudibles.
La madre tiene un borrón en las manos,
las frías manos blancas de un ahorcado.
El hijo sabe,
ni siquiera una plegaria sostiene
un cuerpo sin manos.
Podría haber sido la virgen y el niño,
pero hay un agujero
allí donde terminan los brazos,
una inconsistencia en los dedos,
una lenta profanación.
El hijo sabe en el recogimiento
un hambre feroz
que se come las manos.

Insisten las paredes
abandonan aquello que no huye,
la réplica sin rasgos de lo blanco.
El frío se desdobra y bebe
ondulante, el resto de luz,
feroz dispersión
idéntica hasta la lejanía,
hasta la absoluta claridad
del puro ver enceguecido.
Nadie pasea por las calles,
como una sobreimpresión de grises
de un humo de ciudades no bombardeadas,
como una sábana de cuna
para una madre que nunca ha parido,
esta falta,
este frío erizado
de desearte
temblando en el vacío.

Se prepara,
se pone los pañitos,
siente un latido de arañas.
Se mira el vientre, escucha
el bramido de gargantas vacías
Se prepara,
se cambia los pañitos,
le quema de la ausencia
esa bulla insaciable.
Y nada.
Limpios algodones como pétalos limpios
se le deshacen, se le caen
como grumos de gelatina,
sin manchas.

Quiero de tu cuerpo
el margen que se acerca
y amarra de la orilla
su desesperación de muerte.
El para siempre
de la caricia de tus ojos.
Y quiero, mientras duermo,
el himno de tu voz
a la insaciable sed
del callejeo por tu vientre.

Una cajita
no tiene techos que se hundan,
sólo una tapa.
La tapa y no el techo
se abre se cierra.
En una caja
no hay vestíbulos ni salitas,
sin vacilar se deslizan
en su voluptuoso aliento sacudido
las cosas que yo desplomo
masivas, maquinales;
se pulverizan como un motín derrotado
que se dispersara en plena ciudad,
vacío de toda fuerza
el agujijón del pataleo
que no titubea, que cede,
que desplaza sin volumen
su reclamo inaccesible.
Como entalladura, una cajonera
de un mueble sin tapa
o con ella clavada en lugar de movable,
esa tapadera aislada
sordamente oscura,
sordo el vértigo
que no se deja caer,
ni aun así, del todo.

La puñetera,
una y otra vez
el latido apretado
de la boca en mis besos,
la esponja vidriosa,
su ronca respiración
una y otra vez
como agua enturbiada
que arrastra la tierra
y no se impide a sí misma,
que se lastima
una y otra vez.

No es un cuchillo
de lámina fría,
de perfil en ángulo
hasta el mango espeso;
la promesa del límite.
Sin ningún hasta dónde
de lo húmedo.
Si fuese un cuchillo
se quedaría de pie
sobre eso que resiste.
Si fuera,
lo limpiaría después,
y al guardarlo, no recordaría.
Porque los cuchillos no recuerdan.
Si fuera,
cada vez que pusiera mis manos
en los bolsillos,
lo sentiría me diría
'aquí está, ahora sí, ahora no podrán'
me diría no importa la hora el lugar
'intenten ahora, ahora si pueden'.
En plural, porque él no se cansa
y no siente olores, no ve,
entonces no le importa,
no sabe distinguir.
Y como no distingue

no se ahoga, no se marea.
No es,
porque si pongo mis manos
en los bolsillos
y no salen sangrando,
herida de muerte,
desangrada.
Si no me ven chorreada;
si no estoy.
No es un cuchillo,
una guillotina,
un hacha,
una hoz.
No es una daga,
una lanza.
Los curtidores no lo reconocerían,
ni los afiladores.
Ellos vienen dos veces al mes, me dicen
'Señora, ¿tiene algo para afilar?'
Y qué les contestaría yo sobre esto
que no es una navaja,
un puñal,
un sable;
que si fuera
serviría también para la comida.
Lo sabe el panadero, el carnicero.
Que también sirve para curar,

lo sabe bien el médico.
Si fuera un cuchillo
hoy, a esta hora,
si fuera de mi mano lo que olvido,
si fuera de su filo espejado
me vería en él como por una hendidura,
no digna, no bastante para,
no bastante.
No es.
Es de lo que no hay.
No hay.
Y no.
Y es un llanto que no alcanza,
porque no es un cuchillo y no termina más.